

Murió del Incurable mal de Calumnia

En todos los periódicos encontraréis la noticia. Se asciende por méritos de guerra al teniente de Caballería D. Narciso Pérez de Guzmán (fallecido). ¿De qué murió Narciso Torre-Arias, como en el regimiento de Alcántara se le nombraba?

En la operación preliminar de Dar Drius, una de las más valerosamente concebidas por el nunca bastante elogiado general Sanjurjo, hubo un episodio de epopeya. La Caballería de Alcántara, todavía dolorida y no resignada por la pérdida de Fernando Primo de Rivera, no pudo contener a sus corceles. Y en una carga sin límite y sin freno, a caballo desbocado, persiguió al enemigo. Corría el moro a sus últimas guaridas, y Alcántara detrás. Caen aquel día muchos oficiales, y los que aún montan, saltan por encima de sus compañeros, que ya recogerán a la vuelta, y siguen la carga. Entre los que aún montan y siguen más allá va D. Narciso Pérez de Guzmán. Lleva en una mano el sable enrojecido; y en la otra, la pistola; al caballo le guía el instinto y el tropel de los demás. Acomete a un moro, yerra el golpe, y cuando el caballo pasa, el moro derribado dispara sobre el jinete, y aunque el que viene detrás le venga, cae mortalmente herido D. Narciso Pérez de Guzmán el Bueno.

Este fué el episodio en que perdió la vida el teniente ascendido. ¿Pero quién le mató? Ateniéndose a la realidad, a una realidad muy inmediata, le mató el moro; pero los que le vimos a los pocos días de Annual, sabíamos ya de lo que tenía que morir.

Narciso Torre Arias, desde que empezó la reconquista, salió a que le mataran. Bien poco tenía que hacer el moro para lograrlo. Ya iba herido de calumnia. ¿Quién lo dijo? No lo sé. Lo mismo pudo salir de labios de un envidioso que de alguna celosa mujer. Pero se dijo. Se habló de cobardía, y hasta de fusilamiento. Con tanta insistencia se dijo, que se abrió una información. Nada resultó; pero la calumnia había hecho su efecto, y el gallardo mozo quedó sentenciado a muerte. No le condenó un Tribunal; pero le condenó su honor militar sin tacha, un deseo de vencer a la calumnia sin poner límite al sacrificio.

Más de una vez—me lo refirió un sargento de su mando—comentaron sus soldados ese exceso sin disimulo, ese afán del teniente de adelantarse, de salir al encuentro de las balas. Los soldados nada sabían; el sargento, sí. El sargento me dijo un día:

—Nos lo matan. Yo no le pierdo de vista en los combates, porque estoy seguro que nos lo matan; sale a eso.

Y tanto salió a eso, como decía el sargento, que un día le mataron.

Oficialmente ha muerto de un tiro. Hasta se dice cómo y dónde. Yo mismo lo acabo de narrar. Pero D. Narciso Pérez de Guzmán murió del incurable mal de calumnia; de lo que han muerto tantos hombres en España, de lo que han muerto tantos héroes en Africa, de lo que morirán algunos que debiéramos guardar para bien de la Patria, y un día, al dar la noticia de su muerte, lo achacaremos a cualquier enfermedad provocada por un descuido, por una imprudencia; nadie sospechará que la imprudencia fué de quien lanzó la calumnia, de quienes son tan adecuado medio, an buenos conductores, que la propagan compitiendo con la rapidez con que se propaga la luz.

Esta es la verdadera historia del bravo teniente D. Narciso Pérez de Guzmán el Bueno, calumniado en vida y declarado heroico—justamente, merecidamente—después de muerto.

CORROCHANO.